

mundo de sombras que tanto nos sobrecogió "arriba". La materia "también está vacía y el átomo es tan poroso como el sistema solar".

Todo gira, todo obedece a un mismo designio inescrutable, y en lo infinitamente pequeño y en lo infinitamente grande, el autor nos señala su fervorosa fe en una Ordenación Suprema.

Para que el atrevido vuelo del lector cobre calor humano, Arturo Aldunate nos acerca a los investigadores de nuestro tiempo; a los hombres que han realizado los descubrimientos más inauditos de nuestro siglo. Los vemos discutir, expresar sus dudas y sus razones, vacilar y afirmar. Son "*sabios modestos*" y espiritualistas. No adoptan la actitud "materialista y presuntuosa" de los sabios del siglo pasado, que "creían que todo era demostrable y que nada podría oponerse al camino inexorable de la ciencia...".

Los investigadores de hoy son diferentes. Por lo mismo que han alcanzado progresos formidables, por lo mismo que parecen haberse aproximado a "las puertas finales de la verdad", saben que éstas —a última hora— se hacen más herméticas e infranqueables.

Parece que nos está permitido *acercarnos* a los íntimos secretos de la creación, pero una fuerza invisible los oculta cuando ya parecían al alcance de la mano...

"Por desgracia para estos avanzados pensadores —reseña el autor— el camino de la ciencia es cada vez más múltiple e interminable. Cada nuevo descubrimiento, lejos de acercar a los investigadores a la verdad última tan buscada, amplía los horizontes, multiplica las incógnitas..."—*Darío Carmona*.

<https://doi.org/10.29393/At351-352-208RHJU10208>

"RESUMEN DE LA HISTORIA DE CHILE", de Francisco A. Encina, por *Leopoldo Castedo* (Editorial Zig-Zag, 1954, 2 volúmenes)

Leopoldo Castedo forma junto a Arturo Soria, José Ricardo Morales, Eleazar Huerta, Antonio R. Romera y Vicente Salas Viú en

ese notable equipo de intelectuales españoles que los desastres de la última guerra civil española trajo a nuestras playas, hace unos quince años.

Los integrantes de este grupo se caracterizan por el extraordinario interés que han dedicado al estudio y comprensión de nuestros temas y problemas culturales, sobrepasando en este aspecto a otras promociones de artistas y escritores españoles repartidos por las diferentes capitales americanas.

Antonio R. Romera es autor de la mejor *Historia de la Pintura Chilena* que se haya escrito hasta el momento. Su labor como crítico de teatro y pintura a través de la revista "Atenea" y de las columnas de "El Mercurio" y "Las Últimas Noticias", es por todos conocida y apreciada.

Vicente Salas Viú, autor de *La creación musical en Chile (1900-1951)*, se ha señalado como un competente historiador e investigador de nuestra creación musical culta, en el presente siglo.

Arturo Soria, fantástico, señorial, *discrepante* y *antimultitudinario* moviliza, quijotesca, una serie de empresas de gran categoría espiritual. Sus pulcras ediciones de Cruz del Sur han lanzado por todos los caminos de América los nombres de Américo Castro, León Felipe, Pablo Neruda, Carlos Vicuña Fuentes, Mariano Latorre, Vicente Huidobro, José Ricardo Morales, Manuel Rojas, González Vera, Luis Durand, Federico Gana y, entre los más nuevos, a Braulio Arenas, Eduardo Anguita, Eugenio Heiremans, Teófilo Cid, Mario Espinoza, etc.

Su famoso *Archivo de la Palabra* (colección de discos) comprende las voces de Federico de Onís, Ramón Gómez de la Serna, Pablo Neruda, Mariano Latorre, Rafael Alberti, Nicolás Guillén, Rubén Azócar, Eduardo Carranza, y es solicitado por las mejores universidades y centros culturales del mundo.

Eleazar Huerta, autor de la *Poética de Mío Cid*, esteta, historiador y crítico literario, desarrolla una labor docente de muchos méritos en el Instituto Pedagógico, recorre el país dictando con-

ferencias sobre literatura chilena y española y es un gran conocedor de la literatura chilena contemporánea como lo demuestra, sábado a sábado, en su página de crítica en "Las Últimas Noticias".

José Ricardo Morales, colaborador de Soria en sus ediciones españolas es, además, de un fino autor teatral, catedrático de historia del arte, en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile, y gran animador del Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales, de la Facultad de Filosofía y Educación.

Pero volvamos a Leopoldo Castedo, entre todos, el más dinámico y polifacético. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Central de Madrid, musicólogo, artista de la fotografía, ex soldado, profesor de guitarra y especialista en historia cultural y política de América, este inquieto intelectual español ha desarrollado, en Chile, una fabulosa y múltiple actividad que comprende la fundación y dirección de revistas, los primeros intentos de una gran enciclopedia chilena, la difusión cultural en las Escuelas de Temporada y a través de la radio, la organización de colegios para niños pobres y abandonados, etc. Todo lo ha hecho bien, con alegría, sin darse mayor importancia.

Castedo fué el colaborador más completo y laborioso con que contó don Francisco A. Encina para levantar su monumental y discutida *Historia de Chile*. Siempre le oímos discutir la posibilidad de llevar a cabo una historia iconográfica del país.

Castedo comenzó a frecuentar los remates de libros, y a gastar lo propio y ajeno en grabados, oleografías, mapas y rarezas fotográficas referentes a la vida chilena.

El remate de la más grande y completa colección iconográfica de Chile, del malogrado tenor vasco, Fernando Estefanía, —que yo utilicé, en vida de su dueño, en la edición de *Tipos y Costumbres de Chile* del grande y todavía ignorado costumbrista Pedro Aldea— colmó las aspiraciones de Castedo. Ya tenía en su poder todos los monos necesarios y se lanzó a la obra.

Los dos primeros tomos de su *Resumen* (la obra comprende-

rá tres volúmenes, en total) es el texto histórico más agradable y sorpresivo que se haya publicado sobre la historia patria.

La abundancia de mapas, cuadros, dibujos y todo tipo de ilustraciones convierte los más serios capítulos de nuestra historia en un animado y extenso *papel de aleluyas*.

Castedo, sin traicionar el planteamiento histórico de Encina en sus líneas fundamentales, ha escrito, en verdad, otra historia, iluminando con otras luces el vasto escenario encinesco, destacando, en forma especial, todo lo que es y ha sido de importancia en el desarrollo y la historia cultural de Chile.

El propio Encina, con su generosidad habitual, puso a disposición de Castedo documentos no aprovechados en la primera redacción de su *Historia*, destacando juicios más perfilados sobre hechos como la convivencia y hostilidad entre criollos y peninsulares, durante el siglo XVIII.

La *Historia de Chile*, de Castedo, comprende, también, la historia gráfica de la evolución de nuestras ciudades: Santiago, Concepción, Temuco, Valdivia, Copiapó, Talcahuano, Valparaíso y también de la pampa salitrera y el norte chico.

Involucra, en potencia, una historia del arte, del traje, de la arquitectura, de las costumbres, y permite el análisis fisiognómico de las grandes figuras nacionales, a través de la reproducción de los cuadros y dibujos de Gil, Rugendas, Monvoisin y tantos más.

La obra de Castedo permite al lector chileno, joven o adulto, secundario o universitario, una visión integradora, amena e *intra-histórica* de nuestro pasado. Libro indispensable para el chileno que, dentro o fuera del país, quiera tener delante de sus ojos el panorama total de Chile, desde la colonia hasta nuestros días.—*Juan Uribe Echevarría*.